

El clérigo sacó su cartera y escribió con lápiz algunas líneas, salió á la calle y entregó la esquila á su asistente, que montado en un buen caballo desapareció con la prontitud del relámpago por el camino de Valladolid.

CAPITULO XX.

LA VOZ DE ALARMA.

I.

Dicen unos manuscritos de aquella época "que el lunes 8 de Octubre de 1810, salió de Guanajuato una vanguardia de tres mil hombres á las órdenes de don Mariano Jimenez, hecho coronel por Hidalgo, y este lo siguió con los demas generales y toda su gente el dia 10, llevándose todo el dinero que tenia, y treinta y ocho españoles: los demas con los que se continuaron trayendo de todos los puntos de la provincia, quedaron en la Alhóndiga, en la que se reunia el número de *doscientos cuarenta y siete* europeos.

Díjose que la marcha era sobre Querétaro; pero tomando hácia el Sur, dividida la gente en dos trozos, se dirigió á Valladolid por el Valle de Santiago y Acámbaro, engrosando su número los indios y gente del campo de todos los lugares del tránsito."

Grande era la alarma que reinaba en Valladolid desde que se supo el movimiento revolucionario.

La ciudad levítica, como la llama un historiador, estaba dominada no solo por el obispo Abad y Queipo sino por el prebendado don Agustín Ledos, que se había puesto á la cabeza de unas compañías que unidas al batallón provincial debían contener el avance del ejército de Hidalgo.

Llegó á tal grado el entusiasmo neo-católico, que el mismo señor obispo dirigió la fundición de artillería, aunque con éxito muy desgraciado.

Bajóse entre gritos y aplausos el esquilon mayor de la catedral, queriendo convertir el bronce sagrado en arma de fuego.

Esperábase con impaciencia á los coroneles García Conde y Rul, y al intendente Merino, que venían á disponer la defensa de la ciudad.

—Señores, decía el obispo en una reunión de clérigos y españoles que le veían como á un oráculo, estoy seguro de rechazar esas chusmas de herejes y de bribones.

—Segurísimo, agregaba el prebendado, ¿quién puede oponerse al ejército y á la Iglesia?

—A la Iglesia y al ejército quisisteis decir.

—Precisamente, las armas de la madre Iglesia no se embotan jamás; se trata de defender la religión, es una nueva cruzada y poca será nuestra sangre para derramarla por tan gloriosos principios!

—Todo está dispuesto, el estado moral de la tropa se encuentra perfectamente.

—Yo prometo abrirles las puertas del cielo con mis bendiciones, á los que mueran por mano de los insurgentes.

—Con eso basta, decía el prebendado, yo nunca he sido militar, y sin embargo me siento con un ardor marcial poco común entre los de mi clase.

—Así quisiera ver á todos los habitantes de esta provincia, exclamó entusiasmado el antiguo amigo del cura Hidalgo.

—Ya veis que mi edicto de excomunión está surtiendo un efecto admirable.

—Sí, admirable! replicó el prebendado.

—Es cierto que desertan de ciento en ciento los hombres al saber el edicto?

—Ya se ve que desertan, ilustrísimo señor; y seguirán desertando hasta no quedar mas soldados que el mismo cura.

—Ilustrísimo señor, dijo un clérigo entrando en la sala obispaal que ya conocen nuestros lectores.

—Qué se ofrece, padre Milicua?

—Esta comunicacion.

—Otras deserciones, estoy seguro de ello.

El obispo abrió el pliego y leyó para sí el contenido. Frunció el ceño, vió al soslayo, apretó los labios, revolvió la mirada y dió una especie de mujido.

—Vamos, dijo el prebendado Ledos, se nos ha caído el gozo en el pozo: seguramente esas chusmas ya no nos atacan, nos han robado un día de gloria ¡infames! cuando íbamos á cosechar laureles para la Iglesia y para el Estado.

—Leed, señor de Ledos, dijo con voz opaca el obispo Abad y Queipo.

Tomó el prebendado la comunicacion, y comenzó á hacer tales contorsiones como si lo hubieran sentado á la pila de Volta.

Entretanto el señor obispo leía un papel cuyos renglones estaban trazados con lápiz y decían así: "Salvaos, son muchos y caerán como rayo exterminador sobre Valladolid: no esperéis, toda resistencia sería infructosa, están estos condenados ávidos de vuestra sangre."

Revolvíase toda la clerecía cuchicheando y devanándose los sesos sobre el contenido de aquel pliego, que fué pasando de mano en mano.

—Todos lo soltaban como si picase ó estuviese envenenado.

Luego que se enteró hasta el último de los circunstantes, el señor obispo arrancó un suspiro con honores de berrido, el que repitieron en coro legos y tonsurados.

—Infames! gritó al fin su señoría ilustrísima.

—Infames! repitió la comparsa.

—Me parece imposible que se hayan permitido apresar á los coroneles que venian á defender la plaza.

—Esa es una traicion, una alevosía, una cosa impropia aun hablando con arreglo á las leyes de la guerra.

—Eso, eso es lo que digo yo! gritó Ledos, de esa manera no será difícil que se atrevan á----- á----- á-----

—A----- á----- decian todos los clérigos.

—A----- á----- repetia maquinalmente el señor Abad y Queipo.

—Sí, señores, á batir la ciudad; porque su ventaja es conocida, la superioridad numérica, la calidad de armas, el empuje, la-----

—Vosotros direis si estais en disposicion de defender la plaza.

—Yo----- dijo un español, acompañaré á su señoría ilustrísima hasta el último momento.

—Y yo, y yo, repitieron cien voces.

—Es que-----

—Qué? preguntó el prebendado.

—Que no siendo mi mision la de la guerra, debo retirarme dejando á la gente de armas el terreno.

La palabra estaba dicha, el señor obispo tocaba retirada.

—Es cierto que no somos gente de espada, continuó el prebendado; pero eso no impide que vosotros, señores españoles, defendais la ciudad hasta morir.

Profundo era el silencio que reinaba en la reunion.

—Yo, dijo el intendente, desconfio de la oficialidad, que segun creo simpatiza con los revoltosos, y no quiero ser víctima de una traicion, así es que, si el señor obispo se marcha, yo tomo el mismo partido.

—Y nosotros tambien, toda vez que no hay quien dirija las operaciones y los insurgentes se han apoderado tan cerca de Acámbaro de los enviados para ese objeto.

—Pues dispongamos la marcha, y que sea por rumbos extra-
viados porque Hidalgo está sobre el camino.

—Eso corre de mi cuenta, soy conocedor del terreno y no nos pillarán esos malévolos.

—Señor! señor! dijo un clérigo entrando precipitadamente en el salon, hay novedades.

—Qué? ya vienen los insurgentes?

—Corramos! gritó el prebendado.

—Corramos! repitieron todos en coro.

—Esperad, señores, no hay que desmoralizarse.

Todos se detuvieron esperando oír las noticias.

—Hablad y no nos impacienteis.

—Se ha sabido la captura que ha hecho el torero Luna llamado Saca-vueltas, de los coroneles que venian á defender la plaza de Valladolid, y ya todos los vecinos se preparan á abandonar sus hogares.

—En eso mismo pensábamos nosotros.

—No podemos estar mas acordes, observó Ledos.

—Hay mas.

—Todavía mas? preguntó el obispo.

—Sí, ilustrísimo señor, sí que hay mas y muy grave.

—Decid pronto, que ya me atacan los nervios con tanta espera.

—El señor don *Agustín de Iturbide*, con sesenta hombres de su regimiento que han querido seguirle, ha tomado soleta para México.

—Esto es horroroso! ved si le pueden dar alcance, díganle que no nos abandone, que estamos enteramente solos.

El clérigo salió corriendo.

El intendente se marchó como extraordinario, pero fué detenido en Huetamo por el cura, que poniendo en alarma al pueblo, lo aprehendió y condujo á la presencia de Hidalgo.

El señor obispo Abad y Queipo logró poner pies en polvorosa y llegar sano y salvo á la capital del reino.

II.

El ejército independiente se acercaba impasible sobre Valladolid, sin preguntar si le esperaban; tan seguro estaba de su victoria.

Una comision compuesta de un canónigo, un capitan y un regidor, salió hasta Indaparapeo á recibir á Hidalgo, y á entregarle las llaves de la ciudad.

El 15 entró el coronel Rosales, el 16 Jimenez con la vanguardia y el 17 hizo su entrada Hidalgo al frente de ochenta mil hombres.

Las campanas de todas las iglesias repicaban á vuelo, oíase la detonacion de las armas que lo saludaban y el clamoreo de aquél pueblo al recibir el primer ambiente de la libertad.

El caudillo venia á caballo entre el grupo de generales, llevando siempre el estandarte de la Virgen de Guadalupe como la enseña de su grandiosa revolucion.

El clero acudió á rendirle sus homenajes y el canónigo Conde de Sierra Gorda, que ocupaba la mitra de Michoacan, levantó solemnemente la *excomunion*, comunicándolo á todos los curas del obispado.

Celebraron una misa y se cantó un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por no haber permitido la efusion de sangre, ni que aquel suelo privilegiado hubiera sido el teatro de una batalla.

El ánimo inquieto de algunos soldados comenzó á provocar el desórden; pero Allende que era el espíritu del órden en la revolucion, hizo un disparo de artillería sobre los alborotadores, y la calma no fué mas interrumpida.

Uniéronse al ejército el regimiento de infantería provincial, compuesto de dos batallones, ocho compañías de infantería que habia levantado Larios, y todo el regimiento de dragones de Pátzcuaro.

Cuatrocientos mil pesos fueron tomados de las arcas de la iglesia.

Hidalgo instaló el gobierno y se retiró á Acámbaro, donde pasó una revista á su ejército.

El caudillo llevaba un vestido azul con collarin, vuelta y solapa encarnadas, con un bordado de labor muy menuda de oro y plata, un tahalí negro tambien bordado y todos los cabos dorados, con una imágen de Guadalupe de oro colgada al pecho.

Allende, cuya presencia hemos dicho que era muy arrogante, llevaba el uniforme de capitan general, que consistia en una chaqueta de paño azul con collarin, vuelta y solapa encarnada, galon de plata en todas las costuras y un cordon en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaba por bajo el brazo, con boton y borla colgando hasta medio muslo.

Los uniformes de los demas generales variaban muy poco del de Allende.

Marcharon los batallones con sus banderas, desfilando frente á los caudillos á quienes saludaban con entusiasmo.

Mas de *ochenta mil* hombres componian aquel ejército, que habia comenzado por *diez hombres* la memorable noche del 15 de Setiembre.

En *treinta y cuatro* dias se habia operado ese fenómeno, que dificilmente volverá á presentarse en el cielo de esta generacion.

La libertad hace milagros.

Delante de aquel pueblo que llevaba en sus banderas los laureles del primer encuentro, fué proclamado Hidalgo generalísimo del ejército independiente.

El caudillo se sintió grande ante aquel espectáculo, y con aquella inspiracion que irradiaba en su cerebro, tendió su vista sobre aquel mar agitado de hombres que se revolvian en olas

inquietas sobre la llanura, y agitando su estandarte, aquel estandarte sagrado mecido por los genios tutelares de la libertad, gritó con voz de trueno, que parecia llenar el espacio con sus vibraciones:

—¡A México!

—¡A México! repitió la muchedumbre, y las mil banderas se desplegaron en un saludo gigante al númen de la victoria y del porvenir.

CAPÍTULO XXI.

LOS PROCESADOS.

I.

El alcalde Juan Collado, regente de Caracas, habia llegado á Querétaro en union del conde de la Cadena, para encargarse de la causa formada á los conspiradores, entre los que figuraban el corregidor Dominguez y su esposa.

El señor regente se manifestó terrible, y deseaba hacer un escarmiento y ejemplar castigo; pero tenia que habérselas con pájaros de cuenta que no se dejarían tomar en sus redes.

El infeliz alcalde pugnaba por sacar la verdad; pero esta se habia ido á fondo en el mar del sumario y seria muy difícil dar con ella.

Una mañana, cuando el señor juez comisionado venia del convento de santa Clara de tomar su milésima declaracion á la señora Ortiz de Dominguez, le anunció su secretario que una dama pretendia hablarle.

—Una dama? preguntó el alcalde con estrañeza.